

EXPEDICIONES CIENTIFICAS, MUSEOLOGIA Y COLECCIONISMO AMERICANISTA EN LA ESPAÑA DEL XVIII

Paz CABELLO CARRO

Museo de América. Madrid

MUSEOLOGIA

El interés en coleccionar objetos hechos por los indígenas americanos u oceánicos —y en general por cualquier pueblo autóctono no europeo— no apareció en España como fenómeno social hasta la segunda mitad del siglo XVIII; eran piezas recogidas como curiosidades o fenómenos ilustrativos de las sociedades indígenas, y no como obras de valor artístico; a este efecto se recolectaban de manera indistinta objetos arqueológicos y los fabricados en el momento, ya fueran simples útiles ilustrativos del tipo de economía de un pueblo, u objetos en los que hoy reconocemos una calidad artística notable. Este afán por las manufacturas locales, ya fuesen antiguas o recientes, surge paralelo al auge de la Zoología, Botánica y Minerología como ciencias con una metodología moderna que exigía primero una recopilación para su inventario y clasificación, y un estudio de sus características y propiedades, después; y surge también como derivado del interés de la Ilustración por el hombre salvaje, por las civilizaciones primitivas y no “occidentales”. Es decir, el coleccionismo comienza como corolario de una ciencia entonces denominada Historia Natural, y canalizado o destinado, como veremos, hacia un Museo.

Debemos comprender que este fenómeno científico de la Ilustración, dentro del que aparece el coleccionismo, está íntimamente ligado y es consecuencia de un sistema económico de tipo capitalista; es por ello que aparece en España justo en los años en los que se sentaron las bases económicas y so-

ciales de la naciente burguesía, debidos a la iniciativa del despotismo ilustrado, cuya máxima figura fue Carlos III. Bajo esta premisa entendemos que, aunque el descubrimiento y primera colonización de América despertó un gran interés por el mundo indígena que se plasmó en los numerosos escritos de los cronistas de Indias, sin la Ilustración, no hubiese habido una curiosidad similar por el arte autóctono. Este arte, regido por unas leyes estéticas diametralmente diferentes de las europeas, estaba relacionado con sus creencias religiosas, lo que era inaceptable para la mentalidad feudal y católica del XVI y XVII, enfervorizada no sólo por las ideas de la Contrarreforma, sino mentalizada por un organismo como la Inquisición.

Las escasas obras indígenas traídas a España en aquella época, o pasaron a Europa, o permanecieron ignoradas, cuando no se destruyeron con el paso del tiempo. Caso aparte serían las obras de arte y artesanía coloniales, que, por ser objetos de uso del hombre de cultura europea, no fueron sujetos de un coleccionismo; o lo fueron en tanto que acopio de bienes muebles artísticos o de lujo por parte de particulares e instituciones.

En 1752, el marino, viajero y científico, Antonio de Ulloa, elevó a Fernando VI un razonado escrito en el que proyectaba un Gabinete de Historia Natural; éste se fundó bajo la breve dirección de Ulloa y, a su dimisión, lo ocupó su ayudante Eugenio Reinoso. El centro tuvo poca fortuna, disolviéndose en 1766 tras varios repartos de sus colecciones. (Barreiro, 1944: 1 a 5). Carlos III, rey de España de 1759 a 1788, anteriormente había ocupado en Nápoles el trono de las Dos Sicilias, donde manifestó, y acaso se originó, su interés por las artes y la Arqueología haciendo excavar Pompeya y reuniendo él mismo una colección. Interesado por todas las producciones naturales de sus dominios, incluyendo entre ellas los objetos arqueológicos y etnográficos, promovió por un lado una serie de expediciones científicas y viajes exploratorios y cartográficos con el fin de que recogiesen e investigasen dichas producciones; mientras que por otro creó un centro donde se reunieran, estudiaran y divulgaran.

A tal efecto, el 17 de octubre de 1771, se creó el Real Gabinete de Historia Natural, basándose en una colección que Pedro Dávila había reunido y guardaba en París; y que ofreció en venta al monarca; éste, con el informe favorable del naturalista P. Florez, la compró nombrando a Dávila como director. Donó colecciones suyas y adquirió otras, fomentando así donaciones particulares. (Janer, 1860: 6 a 8; Barreiro, 1944: 8 a 12 y 87). En 1775, dio instrucciones a los Virreyes, Gobernadores y Corregidores de Indias para que enviasen al Gabinete todas las producciones curiosas de la naturaleza (Jaramillo Arango, 1952: 398), cosa que éstos hicieron. El Real Ga-

binete se instaló en 1773, en el último piso de la casa que para tal efecto se compró al conde de Saceda, sita en la calle de Alcalá (Janer, 1860: 10 y 11); edificio que ocupó durante más de un siglo, compartiéndolo con la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, institución que todavía lo usa en el número 19 de la mencionada calle. Se abrió al público en 1776. El rey se interesó personalmente por su marcha, visitándolo muy a menudo acompañado de su familia; solía ir “por las mañanas muy temprano”, “sin pompa alguna” para contemplar las colecciones expuestas dictando por sí mismo las disposiciones para su mejora. (Janer, 1860: 11 y 14).

En el madrileño Gabinete se guardaban colecciones zoológicas, minerales y fósiles de diversa procedencia; antigüedades griegas, romanas, íberas, egipcias ...; “curiosidades” asiáticas, oceánicas y americanas que, en el caso americano incluían objetos precolombinos y etnográficos. Esta mezcla de materiales responde a la concepción de la Historia Natural —o Ciencias Naturales—, como una disciplina muy amplia de tipo enciclopédico que continuaba una tradición humanista mucho más antigua de la que, en el caso del americanismo español, destaca entre sus máximos exponentes Gonzalo Fernandez de Oviedo con su *Historia General y Natural de las Indias*. Este concepto, en lo que respecta a la Museografía, continuó hasta 1867, fecha en que se fundó el Museo Arqueológico Nacional, donde fueron a parar las colecciones histórico-etnográficas del Gabinete de Historia Natural que, desde 1815 se llamaba Real Museo de Ciencias Naturales. La Etnografía y Arqueología quedaban oficialmente fuera de las ciencias de la naturaleza.

Antonio de Ulloa, en su introducción a *Noticias Americanas* (1792, pág. sin núm.), explica este fenómeno, particularmente referido al mundo americano:

“Después del descubrimiento de las Indias no se ha trabajado con la aplicación que se requería en conocer lo que encierran de raro, haciendo poco aprecio de esta parte, como menos apetecible, siendo pocos los que han parado la consideración en ella, fuera de aquellas noticias que se adquirieron en los tiempos inmediatos a la conquista: no se han repetido, ni se han hecho especulaciones para adelantarlas; por esta razón son más extrañas, y con particularidad las que pertenecen a la física terrestre, a las antigüedades, a las costumbres, y al carácter, genio e inclinaciones de aquellos habitantes, en su estado natural, y en el que vienen después de haber entredado bajo otra dominación...”

Esta idea fue la que alentó a las expediciones científicas que trataron de investigar estos temas, documentándolos, en un completo trabajo e campo, con los materiales que enviaban al Gabinete; no estamos pues ante un coleccionismo de curiosidades, sino ante un acopio lo más científico y completo posible de la historia moral —léase hoy social— del hombre y su entorno ecológico.

El mundo vegetal estuvo investigado y recopilado por el Jardín Botánico, mientras que el Gabinete se ocupó de la mineralogía y fauna junto al estudio del hombre y sus obras, aspecto éste el menos avanzado en aquel momento. Esto no impidió, sin embargo, que se reconociera la importancia de la Arqueología, y la arqueología americanista en concreto, aunque los métodos de excavaciones y de trabajo fueran todavía rudimentarios.

A este respecto Ulloa, en la citada introducción, nos razona que “las memorias de la antigüedad son las demostraciones verídicas de lo que fueron las gentes en los tiempos a que se refieren: por ellas viene a averiguarse lo que alcanzaron, el modo en que se manejaron, su gobierno y economía; y a este respecto lo que han adelantado o perdido, lo numeroso de sus gentíos, la industria, el valor, y las máximas de manejarse; sin los documentos, que sin embargo de la ruina de los tiempos, se conservan en alguna parte, no habría documentos formales de donde inferirlo. De ellos se comprende la semejanza que tuvieron unos pueblos por otros; y por este medio se llega, en aquella forma que es posible, a desentrañarse su origen, que es una de la particularidades que más incitan al deseo, como sucede con los indios, que por estar separados de las otras tierras, y por tener disonancia en el color, y en otros accidentes de la contextura, dificulta el juicio el modo de haber transitado a poblar, y el origen de donde salieron. Estos asuntos serían de la mayor confusión para el entendimiento, si no se les encontrase una solución regular en los vestigios de las cosas, en los usos, las costumbres, y las demás particularidades que descubre la investigación, ayudada de la inteligencia”.

Desde la superioridad del hombre occidental que coloniza al indio, Ulloa justifica el interés de su historia pasada, no en base de una mejor cristianización como sucedió entre los cronistas del XVI, sino etnocéntricamente, para inferir los orígenes de nuestra cultura, y comprender mejor nuestro pasado; planteamiento que no ha cambiado demasiado en la antropología del siglo XX. Así, “si hay gentes que conserven parte del primitivo estado de los hombres, deben ser los Indios; y es la razón porque habiéndose mantenido en una situación que les separaba del comercio y comunicación con los demás, es natural que mantuviesen entre sí algunas cosas de las que llevaron los pobladores, mayormente no manifestando disposición ni talentos para inventar ...; y así puede inferirse de lo que se reconoce en ellos, hablando de los que subsisten en la total incultura, lo que serían los hombres en lo primitivo ...” (Ulloa, 1792: pág. sin núm.).

Antes de pasar a centrarnos en las diversas expediciones científicas que proporcionaron las colecciones americanas al Gabinete de Historia Natural,

concluiremos brevemente con la ya comenzada historia del Museo. Las colecciones histórico-etnográficas del Gabinete, entonces Museo de Ciencias Naturales, “se habían ido acumulando sin orden ni concierto” (Janer, 1860: 25) hasta que se encargó a Florencio Janer su clasificación en 1858; ésta fue la primera que se efectuó, y prácticamente la única a nivel global de la que tenemos noticia, siendo los inventarios posteriores copias de éste, continuándose luego el catálogo por él comenzado, y respetándose sus secciones y subsecciones, así como su numeración. En la actualidad esta numeración se ha despegado de muchas piezas; y si unimos a esto la brevedad informativa del catálogo que no suele especificar procedencia, nos encontramos ante unas colecciones con muy poca información, a pesar de la meritoria tarea de Janer.

Como ya dijimos, en 1867 se creó el Museo Arqueológico Nacional que recogió estas colecciones así como otras de diverso origen. Las piezas americanas se agruparon junto con las oceánicas y asiáticas en la sección cuarta de Etnografía, según ya estableció Janer en el Museo de Ciencias. La exposición histórico-americana de 1892, el fugaz Museo Biblioteca de Ultramar y la expedición científica al Pacífico de 1862 a 1865, y otras donaciones del siglo XX enriquecieron las colecciones etnográficas. La ausencia o pérdida de los número identificatorios en estas piezas hacen más difícil el reconocimiento de los objetos reunidos en el siglo XVIII. Ya adentrado el siglo XX hubo una corriente de opinión sustentada en el XXVI Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Sevilla en 1935, favorable a la creación de un Museo de América. Este se creó por primera vez, por el Gobierno el 12 de octubre de 1937, en plena guerra civil por lo que no llegó a materializarse. Después de un intento fallido por parte del bando insurgente, cuando éste tomó el poder creó de hecho el Museo de América el 19 de abril de 1941, permaneciendo hasta 1962 en el edificio del Museo Arqueológico, cuyas colecciones americanas y oceánicas formaron sus fondos. En 1965 se inauguró en su actual edificio de la Ciudad Universitaria.

FORMACION DE LAS COLECCIONES

En su política cultural, Carlos III promovió varios viajes cartográficos y de reconocimiento así como expediciones científicas; excepto algunas exclusivamente botánicas, las restantes tenían la misión de enviar al Gabinete todo tipo de producciones de la naturaleza, entre las que se incluían obje-

tos arqueológicos y etnográficos. Las descripciones y estudios sobre ambas materias, y sobre todo, acerca de los indígenas visitados constituyen verdaderas obras maestras de antropología de campo, apenas hoy conocidas, y algunas casi inéditas en archivos. No debemos olvidar las donaciones privadas de objetos arqueológicos y etnográficos al Gabinete debidas a personas con curiosidad científica que se vieron estimulados por el espíritu de la Ilustración que promovía la política real.

Entre estas personas, don Baltasar Jaime Martínez Compañón, Obispo de Trujillo, ocupa un lugar de honor con una obra científica, de la que su donación sería sólo una parte de ésta, del tipo de la que emprendieron las expediciones; esta obra fue más amplia que un simple envío de curiosidades ya que documentó la producción, costumbres, habitantes y antigüedades de su Diócesis en nueve volúmenes de detallados dibujos que hacen referencia a un texto al parecer recientemente hallado en Bogotá. Tiene un carácter enciclopédico en el que se concibe a una unidad —Trujillo—, como compuesta de múltiples facetas, entroncándose con la línea humanista de los cronistas americanos del XVI, siendo quizás el Obispo el último de estos y uno de los primeros antropólogos de campo. Elaboró su trabajo entre 1782 y 1788 al mismo tiempo que formó su colección arqueológica que fue enviada a Madrid en 1788 y 1790 con destino al Príncipe de Asturias, heredero de la corona (Dominguez Bordona, 1936: 5).

Aunque la colección ha sido tradicionalmente tenida como una serie de 606 vasos hallados en sepulturas, constaba además de “gran número de armas, trajes y utensilios de toda especie pertenecientes a las razas sudamericanas” (Rodríguez Marín, 1916: 10). Según el catálogo de Janer (1860) y otro inventario suyo de fichas (Archivo M.A.)¹, fue remitido todo en noviembre de 1788 aunque no consta otra fecha de envío para al menos, parte de la cerámica. Estos objetos serían un ceñidor de semillas-sonajas, 1 vara para danzas, 3 cerbatanas de madera y una baqueta para limpiarlas, 3 juegos de taparrabos y ajorcas para las piernas también de semillas-sonajas, una pajcha de madera, un arco y un “borlón de manta de Otaiti, llamado algodón”^(?). En el noveno volumen de sus dibujos que se halla en la Biblioteca de Palacio, en Madrid, que trata de las antigüedades, podemos ver dibujados —entre otras figuras— un total de 230 objetos coleccionables —24 textiles, 16 objetos aparentemente de madera, 65 quizás de metal y 110 vasijas además de cadáveres con sus vestidos—. Esto nos indica que el Obispo recogió o hizo recoger de las tumbas todo el material que halló, dibujando sólo una selección, puesto que de las 606 cerámicas que envía, sólo pinta 110. La colección reunida por Martínez Compañón debió ser realmente notable en número, calidad y variedad.

1 Dada la escasez de espacio, suprimimos la referencia al tipo de documento —carta, etc.— y la fecha completa de éste, indicando sólo el Archivo. Estos datos así como la descripción detallada de los objetos, sus números, cuáles han sido identificados e información más extensa aparecerá publicado en breve, por el Museo de América, Ministerio de Cultura.

Sin embargo, actualmente la colección no existe como tal, aunque las piezas se hallan en el museo de América. Parece que la serie de cerámicas Chimus mantuvo su unidad hasta principios del siglo, mezclándose luego con otras vasijas similares; las etiquetas numeradas que las identificaban en muchas ocasiones se han caído o aparecen junto a otras cuyo número no sabemos a ciencia cierta a qué se refieren. Al intentar cotejar los dibujos con las piezas, tanto de las cerámicas como otras de madera o metal, nos encontramos con que éstos son sólo diseños aproximados, hechos por un dibujante incapaz de reflejar con exactitud las formas y la estética prehispánicas; son dibujos altamente ilustrativos para los curiosos ojos de los sabios del XVIII, pero no dibujos arqueológicos, ni por lo tanto fieles, que nos permitan identificar una pieza entre otras perecidas. Nos quedan, además, los objetos que figuran en el inventario que ya listamos, que bien pueden ser indígenas contemporáneos al Obispo o encontrados en las sepulturas, según parece desprenderse de los dibujos que nos ilustran el uso de diversas prendas sobre figuras humanas que, en unos casos, se representan claramente muertas. Con todo, está actualmente en curso un trabajo para identificar la colección en el medida de lo posible.

A mediados del XVIII empezó a trascender la noticia de una antigua ciudad arruinada cercana a la villa de Palenque. Se interesaron por ello una serie de personalidades hasta llegar a José Estachería, Presidente y Capitán General de Guatemala, que, posiblemente alertado por la Orden de 1775, pidió en 1784 un informe, que fue el primero; mandó luego hacer una visita al lugar, que se acompañó de informe y dibujos; a la vista de éstos, envió luego al arquitecto real, que elaboró los planos de los edificios y otros dibujos. A raíz de estas noticias, y por orden real de 1 de marzo de 1786, que pedían que remitieran muestras de la ornamentación y materiales para su posterior estudio, el Gobernador Estachería comisionó en 1787 al capitán de artillería, Antonio del Río, acompañado del dibujante Almendariz, para que cumpliera la orden. Fueron las primeras excavaciones arqueológicas bien documentadas —y por lo tanto científicas según los criterios de la época— en América, donde el informe y los dibujos son parte tanto o más importante que las piezas, que se recogieron y enviaron. Nos gustaría señalar aquí el papel que el clero ilustrado —fueron los primeros en interesarse y en escribir la primera noticia oficial— y del ejército —como ya

veremos— en el coleccionismo de objetos arqueológicos y etnográficos, y por lo tanto de la primera valoración del Arte indígena americano; el resto del coleccionismo se debe a botánicos y naturalistas civiles, por encargo real y en el transcurso de sus viales científicos.

Antonio del Río rindió informe de su trabajo el 24 de junio de 1787; en el nos explica razonadamente cómo lleva a cabo la Real Orden de recogida de objetos; “Siempre he creído que para formar alguna idea de los primeros pobladores, y antigüedades de su establecimiento, sería indispensable hacer excavaciones (objeto de mi primera atención), por si se descubrieran a beneficio de ellas algunas medallas, inscripciones u otros monumentos que ministrasen alguna luz ...” (Del Río, ms). No deja puerta o ventana sin descegar o lugar alguno sin excavar a más de dos varas de profundidad. Estudia el emplazamiento de la ciudad, la fertilidad del suelo, posibilidad de cultivos y los productos naturales de la zona así como su facilidad de comercio fluvial con otras regiones y el estrecho parentesco de Palenque con otras antiguas ciudades de Yucatán, comparándolas. Establece que estas construcciones son muy anteriores a los reyezuelos indios que habitaban a la llegada de los españoles; describe las excavaciones e interpreta los glifos mayas como un sistema de escritura, cuya mayoría serían “inscripciones” votivas o referidas a “sus maiores héroes conquistadores” que estarían a su vez representados en los bajorrelieves.

Excava el palacio y recoge “unos como escudos que originales acompañan” de estuco, sobrepuestos en unas piedras lisas, que figuran al arquitrabe en un pórtico de Levante que señala con los núms. 1º, 2º y 3º. Serían los relieves actualmente designados en el museo de América 2604, 2605 y 2606 (véase éstos y los restantes en Cabello 1980: 114 a 125). Del relieve de un sacrificio envía “El original de la cabeza del paciente, con el pie y la perna del ejecutorio del sacrificio”, que anota “con los núms. 4 y 5 para su debida distinción”; el 4º sería hoy la cabeza 2612 —o la 2611— y el 5º el actual 2613. Describe un trono en forma de mesa, sostenido por cuatro pies “con una figura de bajorrelieve en ademán de estarla sosteniendo” lo que explica la postura de la pieza 6, hoy 2608, más conocida como *Estela de Madrid* a la que disminuyó en la mitad de su grueso para facilitar su conducción. Del lado izquierdo de la bajada al subterráneo del mismo edificio, arrancó la piedra número 7, disminuida también en la mitad de su grueso, que tendría los núms. 2597 —y/o el 2598 ya que hay dos prácticamente iguales—. De otra construcción arranca unos adornos de las esquinas que numera con el 8, 9 y 10, que reconoce como signos de escritura, y que son los glifos, los núms. 2601, 2602 y 2609. De distinto edificio tomó una cor-

nisa exterior “revestida de los pequeños ladrillos de estuco, con medios relieves demostrados en los núms. 11 y 12”, hoy 2599 y 2600. Al continuar las excavaciones encontró en un “Oratorio” una cavidad cerrada por tres losas, en las que había “la lanza de pedernal y las dos pequeñas pirámides cónicas, con la figura de corazón de piedra cristalizada, oscura, que aquí llaman chaya... Así mismo se sacaron los dos tarros, o especie de pozillos de barro con su tapadera, que contenían las piedrezuelas, y vola de bermellón, que repito son las piezas antecedentes, y corresponden a los núms. 13, 14, 15 y 16”. Encuentra un total de 6 ofrendas que constaban de materiales más o menos similares al descrito, incluyendo unos restos óseos y molares, que describe y a los que da números, que incluyen una o dos piezas si son similares, y que van desde el 13 al 25 ambos inclusive. Además “el 26 y siguientes hasta el 32 nos manifiestan la calidad del yeso; mezcla y ladrillos cocidos de que se bañan estas gentes; y se hecha de ver el poco uso que hacían de estos últimos, pues que tan solamente se han hallado entre las ruinas los que remito”.

Como acabamos de ver, hemos localizado las piezas mayores aunque haya alguna duda. En los antiguos inventarios sólo aparecen muy brevemente reseñadas 21 piezas de Palenque, en las que se incluyen los relieves y los fragmentos de muestra; pero nunca las ofrendas que debieron extraviarse o perderse la noticia de su origen y permanecer todavía entre las colecciones, como parece ser el caso de unos molares de precedencia desconocida, que se guardan en los fondos del Museo. Como en los antiguos inventarios se consignan 21 objetos y del Río envió 12 relieves y 7 muestras de construcción, nos sobran dos de las que tradicionalmente han sido tenidas como de Palenque, así como los restos de un brasero antropomorfo que no parece ser parte de una de las ofrendas y que también se pensó tuviera el mismo origen. Estas dos piezas sobrantes pueden ser uno de los dos relieves de glifos —que quizás podrían tomarse como una unidad aunque del Río habla en singular— y una cabeza de las dos existentes de clara factura maya clásica (núms. 2611 y 2612). De los fragmentos constructivos sólo se ha podido hallar una especie de teja curva o canalillo.

El Gobernador Estachería envió el 9 de julio de 1787 el informe, las láminas ilustrativas de Palenque y algo hasta ahora casi desconocido: un cajón conteniendo “un arco y siete flechas de las que usan los indios Lacones que viven en la Serranía donde se halla dicha población arruinada”, materiales que quizás también recopilara el capitán del Río. (Archivo del Rl. Gabinete. Copia de 1875 en M.A.N.)

El resto de las colecciones americanas del siglo XVIII se formaron en el transcurso de viajes exploratorios y expediciones científicas de tipo colectivo. Una de ellas fue la expedición alrededor del mundo que recorrió América y Oceanía y que dirigió Alejandro Malaspina; tenía como fin la investigación secreta del estado político de las colonias españolas, la elaboración de derroteros, cartas marinas y estudios de historia natural —Botánica y Zoología, vida e historia indígena...—, así como la recogida de estos materiales para el Gabinete de Madrid. Planeada en el reinado de Carlos III, se efectuó en el de su hijo, de 1789 a 1794. Según anotó Malaspina, enviaron unas 70 cajas (Novo y Colson, 1885: 49).

Con esta expedición tenemos numerosas contradicciones respecto a sus colecciones, que sabemos con seguridad que se recopilaron según atestiguan las numerosas descripciones y anotaciones a lo largo de los diversos diarios que llevaron los viajeros y que recoge Novo y Colson —(1885: 344, 158, 348, 364, 161, 346, 360, 198, 444, 206, y otras para Oceanía) y que a veces ilustran los dibujantes. Sin embargo, parece que al Real Gabinete no llegaron las colecciones etnográficas ni las zoo y mineralógicas; según Barreiro (1944: 61) “tan sólo encontramos entre los documentos del Archivo de éste (Museo de Ciencias), un oficio en que consta haberse recibido un cajón lleno de objetos clasificados por Malaspina de *huesos de gigante*”; dato confirmado por Angeles Calatayud en su catálogo de documentos del Museo de Ciencias referido a expediciones, todavía inédito; aunque faltaría comprobar uno a uno todos los papeles del archivo, repasando si hubiese alguno que por el nombre de las embarcaciones, fecha u otro dato similar nos hablase de la entrada de otros materiales, bien en el XVIII, bien a lo largo del XIX, como ingreso posterior según sucedió con algunas piezas de otra expedición.

Sin embargo Janer, en su catálogo e inventario de fichas, reseña algunos objetos como provenientes del viaje de Malaspina; y a veces con anotaciones posteriores de su mano en la copia manuscrita. No incluye piezas de América del Sur, sino sólo oceánicas y de la costa N.O. americana. Podemos pensar que quizás Janer consultó algún documento fidedigno que no conocemos, una vez redactado y copiado su catálogo, ya que D. Florencio dejó sin consignar muchos datos como el origen, cuando evidentemente no los conocía. Hemos localizado algunos de estos objetos que en el caso oceánico —Filipinas y Tonga— pueden tener el origen señalado; pero no una macana que se dice de Tonga, tallada con figuras y diseños característicos del Perú precolombino —recordemos que en la época de Janer no se había establecido o divulgado una tipología clasificatoria de estos materiales y que

hubo de ocuparse además de los objetos egipcios, romanos, etc.—; apareció, fuera de referencia en inventario, una trituradora de cava de Tonga, con una antigua anotación que indicaba que había sido recogida por Malaspina. En el caso de la costa N.O. americana, también localizamos varios objetos, algunos pocos de los cuales pueden ser de Puerto Mulgrave (Tlingit) o de Nutka; pero no otros, como una máscara, un busto de madera o unos kayaks que además de estar clasificados como esquimales por el propio Janer, parecen serlo, dándose el caso que Malaspina no llegó hasta éstos. El resto de estas piezas de la costa N.O. son anzuelos, redes..., que podrían corresponder al envío que la expedición hizo desde Puerto Mulgrave de “utensilios, armas y manufacturas” (Novo y Colson, 1885: 348); también Janer consigna a estos materiales como esquimales de Alaska, aunque carecemos de la información suficiente para su correcta clasificación.

Parece evidente que no existen los datos suficientes como para establecer la existencia antes en el Real Gabinete y en el Museo de América, ahora, de ninguna colección traída por Malaspina, fuera de una serie de bellos dibujos donados en este siglo por el Sr. Sanz después de haber pasado por varias manos y países. Donde fueron a parar los objetos enviados, y donde pueden estar ahora, es algo que ignoramos; aparentemente la caída en desgracia de Malaspina a su regreso, con su posterior encarcelamiento, destierro y muerte, dispersó o perdió sus colecciones, al igual que parte de sus dibujos; lo mismo que ésto fue la causa de que no se acabase de ordenar el material escrito y que su publicación parcial se hiciese casi un siglo después. Pero aquí entramos en un asunto problemático: se han venido considerando como parte de las colecciones de Malaspina una serie de bellas máscaras de las costa N.O. y algún otro material como armaduras de caña. Existe un catálogo de la Exposición Histórica-Americana de Madrid de 1892 (1893: 3 a 5) en el que aparecen estos objetos como pertenecientes a la colección traída por Malaspina; anotaciones a lápiz en un inventario antiguo hechas a partir de los años 40 de este siglo, parecen recoger, y quizás ampliar, esta adscripción; pero no existen más datos que sostengan esta afirmación. No existiría más problema que el de una indocumentada atribución que cristalizó en una Sala en el Museo de América, si estos materiales no hubiesen sido reiteradamente publicados en los E.E.U.U. como traídos por la expedición Malaspina. Las primeras publicaciones, que las demás parecen recoger, son las de Feder (1977) y Herold (1977); y las de Cutter: *Malaspina ...*, (1977: 38 y 39) y Weber: *Malaspina ...*, (1977) con motivo de la Exposición sobre Malaspina celebrada en Nuevo México.

En éstas se incluyen la citada colección de máscaras de la zona N.O. de las que no hay por ahora información alguna —un “ídolo ” en forma de murciélago fue enviado por un tal Jerónimo Verde (Janer, 1860: 95)—, una serie de sombreros *Tlingit* y *Nutka*, unas armaduras de caña *Tlingit* y una colección de cestas de California. En el caso de los sombreros, Janer los consignó como traídos por la expedición de Ruiz y Pavón a Perú y Chile; como esto es imposible podemos pensar que es un error total, o que este error tiene una explicación lógica. Investigamos en este sentido y hallamos, en resumen, que en 1792, un año después que Malaspina, estuvieron en estos lugares los comandantes Valdés y Galiano en la expedición de reconocimiento hecha en las goletas *Sutil* y *Mexicana* —habían participado en la primera parte del viaje de Malaspina— y que en determinados momentos recogieron objetos indígenas (Relación, 1802: 46 y 66) y compraron, por ejemplo, a un jefe que encontraron al norte de Nutka, “un sombrero muy parecido al que habíamos visto el año anterior al Jefe del Puerto Mulgrave...” (Relación, 1802: 93). Si ya podemos tener aquí el origen de uno de los sombreros *Tingilt*, nos quedan todavía otros. Y aquí nos volvemos a encontrar con otro viaje de descubrimiento unido al tema del coleccionismo de objetos etnográficos.

Nos encontramos con un documento (Archivo del Real Gabinete. Copia de 1875 en M.A.N.) de 1774 que nos lista una serie de piezas cambalacheadas a los indios a la altura de 55 grados y 19 minutos por la “fragata *Santiago* destinada a explorar la costa septentrional de California” y que remite al Gabinete el virrey de Nueva España. Se trata según hemos investigado, de la expedición de Juan Pérez, la primera en llegar a Nutka (Vancouver) en 1774, (Relación, 1802: XCII-XCIII). Y entre otros objetos no localizados, hemos identificado “un pájaro de hueso con el pico superior quebrado rescatado de una india que lo traía al cuello...” (núm. 13042 del Museo de América) y dos sombreros, uno liso que puede ser el núm. 13571, y otro decorado con las típicas escenas de canoas; como existen tres sombreros con el mismo diseño, no sabemos cual de ellos fue el que envió Pérez. Queremos también apuntar, como hipótesis, que el botánico Francisco Mochoño, estuvo varios meses en Nutka en 1792, en el transcurso de la expedición de Bodega y Cuadra, donde coincidió con la expedición de las naves *Sutil* y *Mexicana*; fue él quien realizó un magnífico y ejemplar estudio antropológico y lingüístico sobre los *Nutka* en el que describe sus artesanías, describiendo con detalle los mencionados sombreros, información que él recoge y transcriben Galiano y Valdés (Relación, 1802). Científico y coleccionador avezado en el transcurso de la expedición botánica de Sessé a

la Nueva España, suponemos que debió recoger aquí algún material que debió llevar a España, junto con el resto de las colecciones mexicanas. Su desgraciada y azarosa vida en la península hizo que sus colecciones nunca estuvieran reunidas y al final se dispersaran; en 1794 y en 1808 pidió que parte de ellas fueran custodiadas en la oficina de la Calle de Don Pedro, de Madrid, donde guardaban y estudiaban las suyas Ruiz y Pavón, los expedicionarios de Perú y Chile (Arias Divito, 1968: 287-288); tal petición se atendió, y allí se quedaron parte de ellas, aunque en 1809 se llevó a su casa, para su estudio, un herbario y una serie de animales diversos (Arias Divito, 1968: 292-293). Esta sería la razón, sugerimos, de que Janer anotara que unos sombreros de la costa N.O. pertenecían a la colección de Ruiz y Pavón, ya que debió usar los inventarios de los objetos que había en la oficina mencionada, cuando ésta se cerró a la muerte de Pavón en 1840, 18 años antes de que Janer hiciera su catálogo.

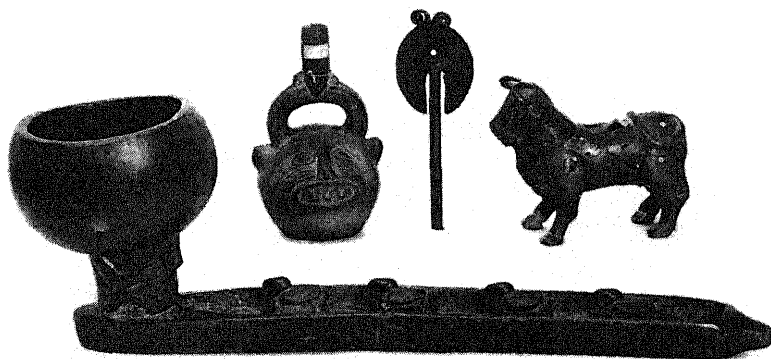
Respecto a las armaduras Tlingit atribuidas a la colección de Malaspina, encontramos otro documento (Archivo de indias. Copia 1880 en M.A.N.) de 1780 en el que un Sr. Ivargoyen de Guadalajara, México, enviaba al Gabinete una colección de objetos de los indios de la zona y de los que vivían al Norte de California entre los que se describe un peto y espaldar. No sabemos cómo los consiguió; como tampoco conocemos qué viaje o expedición envió en 1790 al Gabinete —por medio del comandante del puerto de Nutka en 1789, que entonces era Esteban Martínez— una magnífica colección de capas de plumas hawaianas, hoy en el Museo, y un vestido de los indios de Nutka (Archivo del Real Gabinete. Copia de 1875 en M.A.N.). Cerramos el espacio dedicado a la problemática colección de Malaspina viendo la autenticidad de la mencionada serie de cestas californianas clasificadas como de los indios Chumash (Herold, 1977; Cutter, 1977). Los viajeros estuvieron en el puerto de Monterrey 16 días en los que recogieron para el Gabinete unos vasos y bateas de madera con incrustaciones (Novo y Colson, 1885: 198 y 444). Pero nada se dice de cestas ni de que tocaran las islas del Canal de Santa Bárbara, donde vivían los Chumash, lugar muy al sur de Monterrey. Por otra parte las cestas, han perdido el número que una vez tuvieron y no hemos encontrado referencia alguna sobre ellas en los antiguos inventarios. Sólo hemos querido esbozar el actual e incierto estado de la labor coleccionadora de la expedición de Malaspina; la aparente inexistencia de datos sobre ella y el paradero de las piezas son temas para una investigación más profunda. Quizás se perdieron total o parcialmente o bien ingresaron en el Museo de Ciencias en algún momento del siglo XIX sin conocerse bien su origen.

Apenas disponemos de espacio para mencionar muy brevemente otras expediciones que formaron colecciones histórico-etnográficas americanas. La más importante de ellas fue la expedición botánica a Perú y Chile dirigida por Hipólito Ruiz y acompañado por José Pavón y Joseph Dombey que se extendió de 1777 a 1788. Muy pocas noticias nos da Ruiz en la relación de su viaje (Barreiro, 1931) sobre la recogida de materiales no botánicos, aunque no olvida descripciones etnográficas y cuenta brevemente que hicieron excavaciones arqueológicas. Pero Janer sí anotó en sus inventarios que una extensa serie de piezas etnográficas fueron traídas por ellos; objetos que en general parecen coincidir con las breves descripciones que Ruiz nos hace de lugares visitados o con las anotaciones sobre adquisición de piezas, o con las listas de envío de materiales. Es lástima que con el tiempo, muchos de los objetos consignados por Janer hayan perdido sus números de referencia, dificultando bastante la identificación completa de la colección. Recogieron, procedentes de diversas tumbas, 10 alfileres de cobre, dos vasijas de Chancay. Localizamos un bellissimo *uncu* o poncho prehispánico que parece ser el que Carlos III hizo que Dombey dejase en el Gabinete (núm. 14501), así como otro hecho de plumas (núm. 13011). La colección arqueológica se extiende a pinzas de depilar, numerosas hachas de piedra, cuchillos diversos de metal y otras armas como rompecabezas, así como utensilios de tejer. Como materiales aparentemente etnográficos trajeron una colección de cerámica colonial chilena, hoy localizada, más de 30 objetos de adorno, sombreros, armas diversas, peines, vasos, tejidos de corteza de árbol, jaeces de caballerías, etc. En 1882 y 1888 los nietos de Ruiz vendieron al Museo Arqueológico (Archivo M.A.N.) una serie de objetos etnográficos procedentes del viaje de su abuelo.

El director del Gabinete, Clavijo Fajardo, organizó una expedición científica a Chile y América del Sur en 1794 que se encomendó a los hermanos Heuland. Su labor fue de recolección de materiales propios de la Historia Natural, básicamente zoológicos, conchas y minerales. Poco sabemos de la recogida de otro tipo de objetos; sólo que en 1797 llegó un envío que contenía vasijas de cerámica (Archivo Real Gabinete. Copia de 1879 en M.A.N.).

La última de las expediciones que veremos es el primero de los dos viajes que Antonio de Córdoba hizo al Estrecho de Magallanes, en 1785-1786 en la fragata *Santa María de la Cabeza*, para efectuar una serie de mediciones y planos; iban como oficiales Ceballos y Galiano que participaron luego en las expediciones de Malaspina y la de *Sutil* y *Mexicana*. Recogieron y depositaron en el Gabinete (Janer, 1860: Archivo de Alcalá. Copia

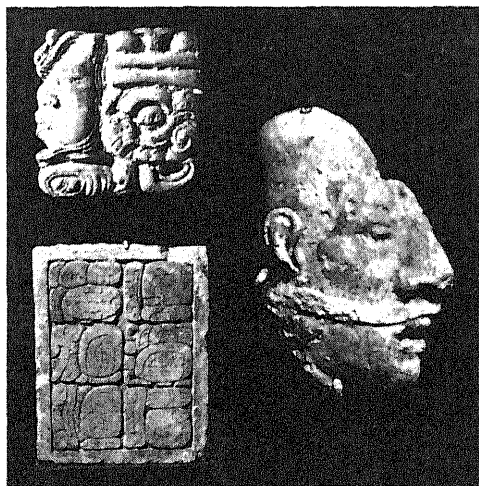
de 1975 en M.A.N.); una serie de objetos de adorno y armas de los indios que ellos denominan *Pecheries* que vivían en el Estrecho; objetos hoy no identificados, pero que documentaron admirablemente en sus diarios de a bordo (Oyarzun, 1976: 245) y más brevemente en una publicación (Relación, 1788) al describir su uso en las completas relaciones sobre los diversos indios del Magallanes.



Objetos enviados por el Obispo de Trujillo, Martínez Compañón. Vasija: Alto: 16,5 cms. N° Inv°: 10.131. Hacha ceremonial de bronce: Alto: 18,7 cms. N° Inv°: 7.014. Toro de bronce: Alto: 16,5 cms. N° Inv°: 7.082. Pajcha de madera: Alto: 18 cms. Largo: 53,7 cms. N° Inv°: 7.571. Nota: El hacha y el toro se corresponden con los dibujos del vol. IX que mandó hacer Martínez Compañón, y que corresponden a los materiales arqueológicos.



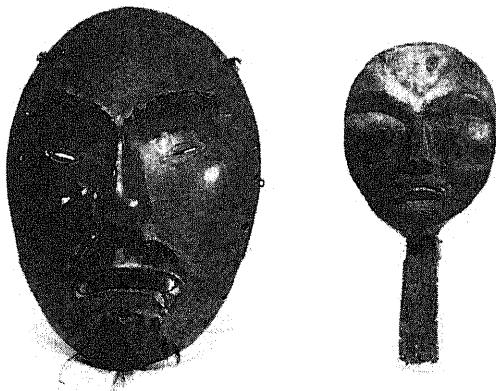
“Estela de Madrid”. Proviene de las excavaciones realizadas en Palenque, por Antonio del Río en 1787. Alto: 46,5 cms. N° Inv°: 2.608.



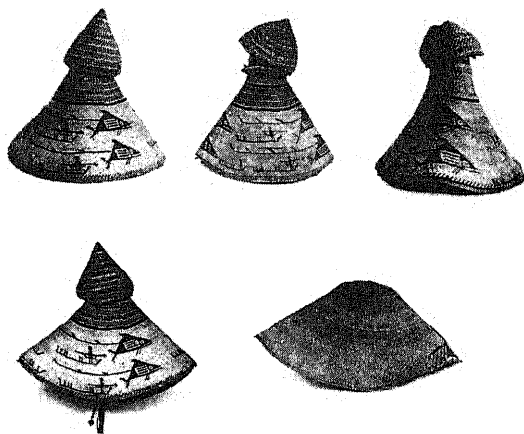
Diversos materiales provenientes de Palenque de las mismas excavaciones. Glifo de estuco: Alto: 19,7 cms. N° Inv°: 2.604. Bajo relieve de piedra con glifos: Alto: 41,5 cms. N° Inv°: 2.597. Cabeza de estuco: Alto: 26,5 cms. N° Inv°: 2.611.



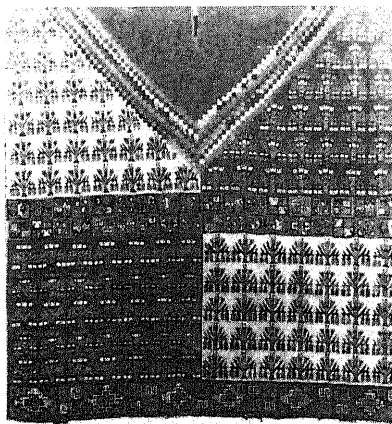
Busto humano y figura de ave de madera. Según antiguos inventarios fueron traídos por Malaspina. Busto: Alto: 28,5 cms. N° Inv°: 13.898.
Ave: Alto: 15,5 cms. N° Inv°: 13.897.



Máscara y rostro humano de madera, traídos según inventarios, por la Expedición Malaspina. Máscara: Alto: 22 cms. N^o Inv^o: 13.899.
Rostro: Alto: 19 cms. N^o Inv^o: 13.900.

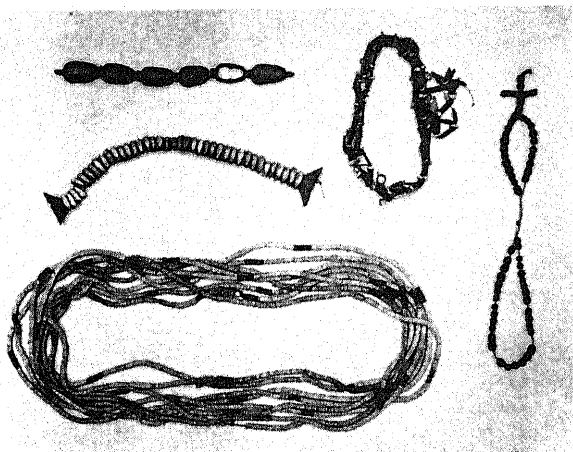


Sombreros de la costa N.O. tradicionalmente incluidos entre los objetos traídos por Malaspina. Los antiguos inventarios señalan que fueron coleccionados por Ruiz y por Pavón, cosa imposible. Sabemos, sin embargo que el sombrero liso y uno de los que tienen dibujos, fue recogido por Juan Pérez en 1774. Números de Inv^o. de derecha a izquierda: 13.570, 13.567, 13.569, 13.566 y 13.571.



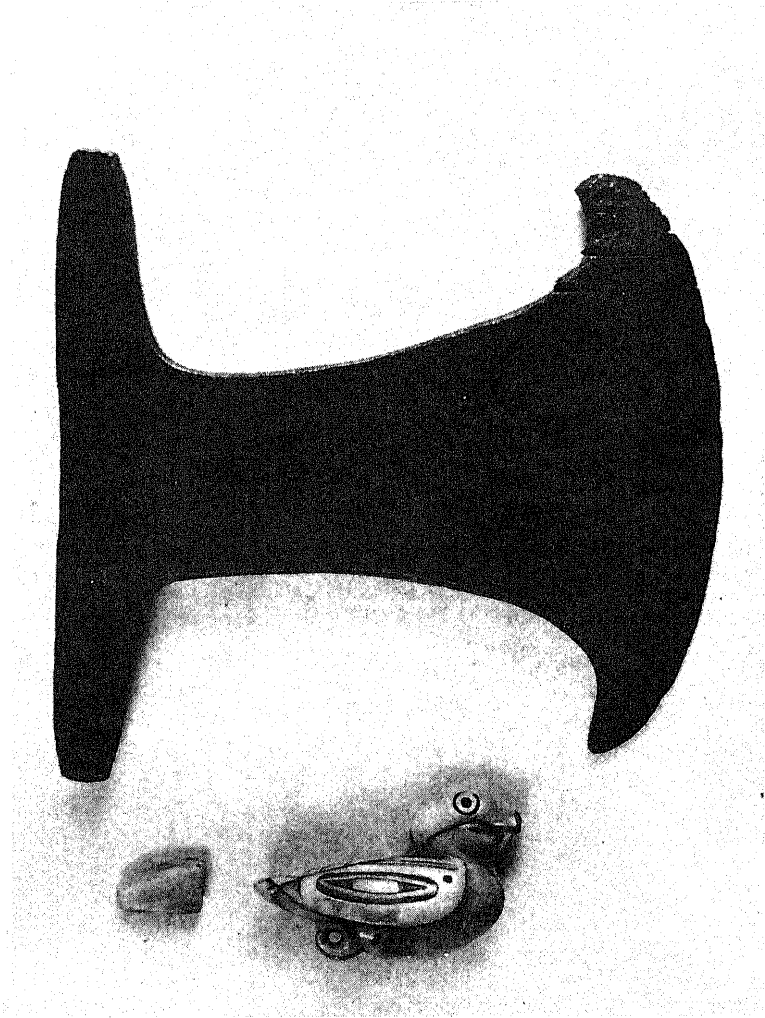
Uncu o “vestido del Inca”, encontrado en Pachaçamac. Enviado por el naturalista francés Dombey, que formó parte de la expedición de Ruiz y de Pavón.

Alto: 92 cms. N° Inv°: 14.501.



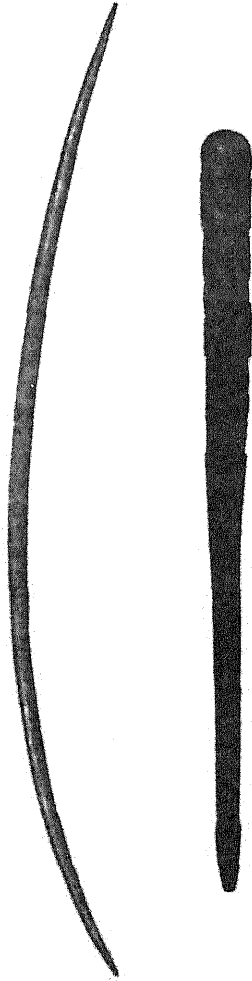
Pulseras, collares y un rosario, recogidos por Ruiz y por Pavón entre los indígenas de Perú y Chile.

- a) Pulsera: Largo: 20 cms. N° Inv°: 14.205.
- b) Pulsera: Largo: 26 cms. N° Inv°: 14.204.
- c) Gargantilla: Largo: 29 cms. N° Inv°: 14.203.
- d) Rosario: Largo: 30 cms. N° Inv°: 14.202.
- e) Collar: Largo: 6,6 mts. N° Inv°: 14.201.



Hacha de bronce recogida en Copiapó, por los Sres. Ruiz y Pavón, durante su expedición. Largo: 17,3 cms. N° Inv°: 7.055.

Figura de ave de hueso recogida en 1774, por Juan Pérez en la costa N.O. americana. Alto: 4,2 cms. N° Inv°: 13.042.



Arco del estrecho de Magallanes, probablemente recogido por la expedición al mismo lugar, dirigida por Antonio de Córdoba. Largo: 131 cms. N° Inv°: 2.703.

Maza o bastón de madera, de procedencia confusa, figura como recogida por la expedición Malaspina. Largo: 102 cms. N° Inv°: 1.661.

BIBLIOGRAFIA

1960 BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel. *Nuevas noticias sobre Palenque en un Manuscrito del siglo XVIII*. Universidad Autónoma de México. Cuadernos del Instituto de Historia. México.

1968 ARIAS DIVITO, Juan Carlos. *Las expediciones científicas españolas durante el siglo XVIII*. Ed. Cultura Hispánica. Madrid.

1931 BARREIRO, Agustín J. (ed.). *Relación del viaje hecho a los reinos del Perú y Chile por los botánicos y dibujantes enviados para aquella expedición, extracto de los diarios por el orden que llevó de éstos D. Hipólito Ruiz*. Comisión de estudios retrospectivos de Historia Natural de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Madrid.

1944 BARREIRO, Agustín J. *El Museo Nacional de Ciencias Naturales*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de Ciencias Naturales José Acosta. Madrid.

1980 CABELLO CARRO, Paz. *Escultura Mexicana Precolombina en el Museo de América*. Patrimonio Nacional de Museos. Ministerio de Cultura. Madrid.

1936 DOMINGUEZ BARDONA, Jesús. *Trujillo del Perú a fines del siglo XVIII. Dibujos y acuarelas que mandó hacer el Obispo D. Baltasar Jaime Martínez Compañón*. Edición y prólogo de... . Patrimonio de la República. Biblioteca de Palacio. Madrid.

1977 FEDER, Norman. "The Malaspina Collection". *American Indian Art Magazine*. Vol. 2, núm. 3.

1876 FERNANDEZ DE LOS RIOS, A. *Guía de Madrid, manual del madrileño y del forastero*. Oficinas de la Ilustración Española y Americana. Madrid.

1977 HEROLD, Joyce. "From the Malaspina collection. Chumash Baskets". *American Indian Art Magazine*. Vol. 3, núm. 1.

1860 JANER Florencio. *Historia, descripción y catálogo de las colecciones histórico etnográficas, curiosidades diversas y antigüedades conservadas en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid*. Manuscrito. Museo de América. Madrid.

1952 JARAMILLO-ARANGO, Jaime. *Relación histórica del viaje que hizo a los reinos del Perú y Chile el botánico D. Hipólito Ruiz, en el año de 1777 hasta el de 1788, en cuya época regresó a Madrid. Segunda edición enmendada y completada de todo lo que faltaba, según la copia definitiva, inédita del Manuscrito de D. Hipólito, hallada y copiada en el Departamento Botánico (Historia Natural) del Museo Británico*. Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Madrid. 2 vols.

1881 *Lista de los objetos que comprende la Exposición de Americanistas*. Congreso Internacional de Americanistas. Madrid, 1881. Imprenta de M. Romero. Madrid.

S.F. MARTINEZ CAMPAÑON, Baltasar Jaime. *Trujillo del Perú*. Manuscrito, vol. IX. Biblioteca del Palacio Real. Madrid.

IYARZUN IÑARRA, Javier. *Expediciones españolas al Estrecho de Magallanes y Tierra de Fuego*. Ed. Cultura Hispánica. Madrid.

1979 RAMOS, Luis; BLASCO, María Concepción. *Gestación del Museo de América*. Seminario Americanista de la Universidad de Valladolid. Cuadernos Prehispánicos, núm. 7. Valladolid.

1888 *Reglamento orgánico del Museo Biblioteca de Ultramar en Madrid*. Edición oficial. M. Minuesa de los Ríos, Impresor. Madrid.

1802 *Relación del viaje hecho por las goletas Sutil y Mexicana con el año de 1792 para reconocer el Estrecho de Fuca; con una introducción en que se da noticia de las expediciones executada anteriormente por los españoles en busca del paso del noroeste de la América*. En la Imprenta Real. Madrid.

1787 RIO, Antonio del. *Descripción del terreno y población antigua nuevamente descubierta en las inmediaciones del pueblo de Palenque, jurisdicción de la provincia de Ciudad Real de Chiapa, una de las Reino de Gautemala en la América Septentrional*. Manuscrito. Real Academia de la Historia. Madrid.

1916 RODRIGUEZ MARIN, Francisco. *Archivos, Bibliotecas y Museos Arqueológicos de España que están a cargo del Cuerpo Facultativo del Ramo*. Vol. II: *Sección de Museos*. Imprenta de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Madrid.

RUIZ, Hipólito. Véase BARREIRO (1931) y JARAMILLO-ARANGO (1952).

1792 ULLOA, Antonio de. *Noticias Americanas: Entretenimiento físico-históricos sobre la América Meridional, y la Septentrional Oriental: Comparación general de los territorios, climas y producciones en las tres especies vegetal, animal y mineral, con una relación particular de los indios de aquellos países, sus costumbres y usos, de las petrificaciones de cuerpos marinos y de las antigüedades. Con un discurso sobre el idioma, y conjeturas sobre el modo con que pasaron los primeros pobladores*. En la Imprenta Real. Madrid.

1977 VARIOS AUTORES. *Malaspina Expedition. In the pursuit of Knowledge*. Museum of New Mexico Press. Santa Fe, N.M.

ARCHIVOS CONSULTADOS

ARCHIVO DE ALCALA DE HENARES. Legajo 625 de Instrucción Pública. Copias legalizadas en el Museo Arqueológico Nacional de 1873.

ARCHIVO GENERAL DE INDIAS. Legajo de Indiferente General. Copias legalizadas en el Museo Arqueológico Nacional de 1880.

ARCHIVO DEL REAL GABINETE DE HISTORIA NATURAL (REAL MUSEO DE CIENCIAS NATURALES). Copias legalizadas en el Museo Arqueológico Nacional de 1875.

MUSEO ARQUEOLOGICO NACIONAL (M.A.N.). Documentación de uso interno del Archivo del Museo (copias autorizadas).

MUSEO DE AMERICA (M.A.). Documentación de uso interno el Archivo del Museo.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco las comunicaciones e informaciones personales de: Pedro Armillas, University of Illinois at Chicago Circle; Carmen Cerezo, Museo de América, Madrid; Angeles Calatayud, Museo de Ciencias Naturales, Madrid; Dolores Hígueras, Museo Naval, Madrid.